

Tú y Yo



*~ después del ~
invierno*

Laia Soler

TÚ Y YO DESPUÉS DEL INVIERNO

Laia Soler

Tú y yo
después del invierno



P U C K

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay – Venezuela

1.ª edición: Marzo 2018

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2018 by Laia Soler Torrente

All Rights Reserved

© 2018 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-96886-74-2

E-ISBN: 978-84-17180-76-8

Depósito legal: B-1.531-2018

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Impreso por: Rodesa, S.A. – Polígono Industrial San Miguel

Parcelas E7-E8 – 31132 Villatuerta (Navarra)

Impreso en España – *Printed in Spain*

A todos los que se atreven a equivocarse.

«There should be stars for great wars
like ours. There ought to be awards
and plenty of champagne for the survivors.»

One Last Poem For Richard,
SANDRA CISNEROS



Su nombre era una isla.

Una tierra de leyendas, verde como los pulmones del mundo y mágica como el corazón de un niño, bautizada por los poetas con el mismo nombre que le había regalado a ella su abuela, enamorada de una tierra demasiado alejada del humilde pueblo de montaña que la vio nacer y morir. Fue ella quien le enseñó a responder a los niños que se reían de su nombre.

Mi nombre no es raro, aprendió a decir. Tú tienes un nombre feo y normal. Mi nombre es una tierra llena de hadas, fantasmas y seres mágicos, decía cuando era una niña; una isla ni grande ni pequeña, capital Dublín, hablan inglés. Y a medida que iba creciendo: hay quien la llama Éire o Isla Esmeralda, algunos también hablan gaélico, se dicen cristianos pero uno diría que su dios es la cerveza, la más famosa es de color negro, o quizás su dios sea la patata, la comen con todo, una guerra entre 1919 y 1921 les valió su independencia, su mitología está llena de duendes con calderos llenos de oro y fantasmas que anuncian la muerte de seres queridos, es la cuna de grandes hombres y mujeres, lugar de nacimiento de Joyce y Wilde y O'Hara y Yeats.

Aprendió a encadenar nombres que para quien la escuchaba sonaban a libro de esos que dicen que se deben leer y en los que ella se había perdido desde que podía tenerse en pie. Nombres de grandes poetas, fechas que marcaron la historia, anécdotas que recordaba haber oído por ahí o leído por allá. Leyó y memorizó todo lo que pudo sobre la isla con la que compartía nombre, porque, para ella, no saber no era una opción.

Leía porque le gustaba saberlo todo y hablaba porque era la forma más fácil de defenderse. Aprendió que la gente callaba cuando ella hablaba de cosas que escapaban a sus conocimien-

tos. Hablaba del país que le había dado su nombre, de pintores expresionistas, de filósofos y científicos que se habían ganado su respeto incluso cuando no estaba de acuerdo con ellos, de lo que había ahí arriba, de la fidelidad de los lobos, de las nubes, de astronautas y y materia oscura y galaxias por descubrir, de hombres pisando la luna y sueños de banderas clavadas en planetas rojos y en planetas que aún no conocían. Había aprendido todas esas cosas sola, en un rincón de la biblioteca del pueblo. Los libros eran sus mejores amigos; ellos siempre tenían respuestas a las preguntas que no podía dejar de hacerse.

Hablaba para hacer callar a los demás, para tomar las riendas y para aprender a escucharse. Siempre sabía qué decir, porque sabía dónde buscar las respuestas a sus preguntas.

¿De dónde viene mi nombre?

¿Cuándo voy a crecer?

¿Hay lobos en el bosque que rodea nuestra casa?

¿Qué había antes del Big Bang?

¿Cómo vuelan los aviones?

¿Y las naves espaciales?

¿Qué significa que los abuelos ya no volverán de su viaje a la playa?

¿Por qué no puedo dormir?

¿Cuándo dejaré de crecer?

¿Cómo se hace para dejar de estar triste?

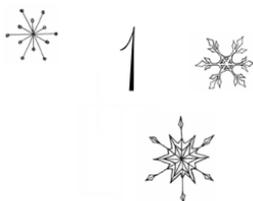
Sus preguntas crecieron con ella y empezó a darse cuenta de que había algunas que no sabía cómo responder; aún peor: había preguntas para las que no sabía dónde buscar la respuesta.

Los libros enmudecieron.

Su mundo empezó a agrietarse y también ella.

No se lo dijo a nadie.

Su nombre era una isla y ella lo era también: pequeña, dura como una roca, indefensa contra los golpes del océano, siempre a su merced.



Me gusta el invierno porque la nieve lo llena todo de luz. Llegan los forasteros, los turistas, las familias con trineos, los fines de semana bajando por las montañas del valle, los labios cortados, los músculos entumecidos, el viento en la cara. El invierno es la mejor época del año, porque cuando llega, Valira deja de hibernar.

—¡Erin!

Miro hacia atrás. Bruno me hace gestos con las manos desde el porche para que corra hacia casa. ¿Está loco? Esta es la primera nevada del año. No voy a moverme de aquí hasta que mi jersey esté empapado y mi cuerpo empiece a tiritar.

—¡Ven! —grito, con los ojos dirigidos de nuevo al cielo.

No me hace falta mirarle para poder verle. Las piernas demasiado abiertas, los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza moviéndose de un lado a otro.

Me quedo donde estoy, con los copos de nieve alunizando sobre mi cara.

Hacía tiempo que esperaba este momento. La primera nevada. Los primeros copos de nieve. Y yo, en medio de mi jardín, con los ojos puestos en ese cielo gris que parece deshacerse solo para quienes estamos en este valle. Si la nieve cuaja, mañana el pueblo estará blanco y el invierno habrá llegado oficialmente, aunque aún estemos entrando en noviembre. Aquí no es el calendario el que marca el paso del tiempo: el poder lo tiene el cielo. Él es quien dice cuándo empiezan y terminan las estaciones, cuánto tiempo estará viva Valira.

En el hotel, *nieve* es una palabra mágica, porque significa pistas de esquí abiertas y, por tanto, avalancha de turistas. Con

la llegada del frío, las reservas se disparan. Llegan las familias, los grupos de amigos, las parejas de escapada romántica. Victoria lleva semanas quejándose; odia la temporada de invierno: mal tiempo, frío, demasiado movimiento en el hotel, turistas maleducados, forasteros a los que hay que formar, horas extras, huéspedes patosos que se rompen una pierna aprendiendo a esquiar en la pista de debutantes del hotel. Tiene razón en todo, pero ¿qué más da? Hay nieve por todas partes.

El invierno es mi época favorita y por eso no me muevo por mucho que Bruno no deje de gritar que voy a ponerme enferma si no entro en casa. Al final se rinde y viene a mi lado. Yo entrelazo mis dedos con los suyos. Me gusta el calor de su piel.

Me doy cuenta entonces del frío que tengo, pero no digo nada.

—Eres una cabezota.

—Lo sé.

Me da un beso en la mejilla.

—La primera nevada.

—La primera. —Apoyo la cabeza sobre su hombro.

—Hacía años que no nevaba tan pronto. —Su bufido me remueve el pelo y yo aprieto los labios.

Si le pregunto qué pasa, él empezará a enumerar: las máquinas no están preparadas, seguro que ni se ha comprado la sal para las carreteras, va a haber placas de hielo por todas partes, los turistas van a empezar a llegar demasiado pronto, los forasteros aún no estarán trabajando, los hoteles no darán abasto, en la tienda tenemos muy poca cosa, mi padre querrá abrir también los domingos, vamos a vernos muy poco, ya podemos despedirnos del sol, los fantasmas de los feéricos que vivían en los bosques van a aparecerse y nos van a aniquilar a todos por pervertir sus tierras. De acuerdo, esto último es cosecha propia. Bruno no cree en esas cosas. Pero diría todo lo demás. En realidad, lo ha dicho. He tenido que escuchar las mismas quejas los dos inviernos que hemos pasado juntos. Ya he aprendido que con él a veces es mejor asentir y esperar a que su pesimismo escampe.

Dos inviernos con él.

Bruno había sido siempre un nombre más de la quinta del 95. Bruno Alins, de los Alins de la tienda de deportes Alins de toda la vida, dos años mayor que yo, sin hermanos, callado pero simpático, que en cierta ocasión encontró a una turista que se había perdido cerca del lago Asters y que estudiaba en la Universidad de Aranés cuando yo me marché del pueblo.

Eso era todo cuanto recordaba de Bruno cuando mi familia y yo volvimos a Valira. Lo normal para alguien a quien consideraba solo un conocido, ¿verdad? Pues no. Al parecer, era una vergüenza. Recuerdo perfectamente las palabras de Ona: ¿Dónde estaba tu vena cotilla, Erin? Quise decirle que no recordaba haber tenido nunca una de esas y que, en caso de haberla tenido, la habría perdido en algún momento de mis dos años viviendo en una gran ciudad. Una de las pocas cosas buenas que puedo rescatar de esa época es que aprendí por las malas que a nadie le importa de verdad lo que hace su vecino. Si quieren saberlo, es por morbo o curiosidad, no por preocupación.

Claro que no le dije nada de eso, porque cuando Ona supo que Bruno llevaba haciéndose el contradizo desde que hacía unas semanas me había ayudado a encontrar las botas de esquí perfectas, no me dejó hablar más.

Estábamos en este mismo jardín y aún éramos tres. ¿O «ya éramos solo tres»? De las cuatro chicas de la quinta, primero se marchó Paula y, un año después, Aurora. Ahora ya solo quedamos dos.

Pero no es el presente lo que importa, sino esa tarde de hace un par de años. Ona habló mientras Aurora y yo la escuchábamos sin decir demasiado; un «ajá» o un «no me digas» de vez en cuando, solo para hacerle saber que seguíamos conectadas a su monólogo. Habló de los amigos de Bruno (suficientes), de sus exnovias (pocas), de sus notas (buenas), de su familia (perfecta). Le faltó darme su grupo sanguíneo.

Es B negativo, por cierto.

Lo sé ahora porque todo lo que me contó Ona sobre él hace algo más de dos años, sentadas a unos metros de donde estoy ahora, no son más que anécdotas. Ahora lo sé todo sobre él.

Le gusta el verano y los días de sol. Vive prácticamente conectado a su iPod. Se pasaría todas las noches de su vida viendo una peli mientras come palomitas. Es hijo único con carácter de hijo único: le gusta estar solo, es trabajador y sabe lo que quiere, tanto que a veces no escucha y se convierte en un cabezota exasperante; pero también sabe pedir perdón, es inteligente y es imposible aburrirse con él, porque le gusta hablar de cualquier cosa. Si sabe de algo, para demostrarlo; si no sabe, para aprender. Trabaja desde hace años en la tienda de deportes, a jornada parcial cuando estudiaba y completa desde que terminó la carrera; nunca ha buscado otra cosa porque quiere seguir con el negocio familiar cuando sus padres se jubilen. No imagina un futuro lejos de este pueblo. Aun así, valora mucho su independencia. Al poco tiempo de terminar la carrera, alquiló un pequeño piso con Gabriel, un chico de su quinta. Tiene una tortuga llamada *Tortuga* y miedo a los cocodrilos, aunque no haya visto uno en su vida. Le gusta la naturaleza y las tardes con los amigos en el bar, odia llamar la atención y que la gente levante la voz.

Sé cuándo fue su primer beso, su primera vez, dónde le rompieron el corazón y quién fue. Sé que en el Casa Gina siempre pide tallarines al pesto, que cuando se enfada le tiembla el párpado derecho y que nunca reconocería que no entiende por qué decidí quedarme en Valira.

Han cambiado muchas cosas en dos años. A veces me pregunto cómo sería mi vida si hubiera tomado otras decisiones, pero en momentos como este, con Bruno abrazándome por la cintura, mi haya cerca y el invierno haciéndose sobre Valira, no querría estar en otro lugar.



A la mañana siguiente, Valira está blanca, y una semana más tarde ya puedo decir con seguridad que el invierno se ha aposentado en el valle para quedarse. Los días son más grises y el frío más afilado. Ni siquiera los más valientes se atreven a salir de casa sin abrigo y todo el mundo —al menos aquellos con dos dedos de frente— ha vuelto a meter las cadenas en el maletero del coche. El tiempo es traicionero aquí arriba; a veces las grandes nevadas llegan sin avisar. En el trabajo las cosas están tranquilas. Victoria, no tanto.

Cuando el viernes llego al hotel, la encuentro detrás del mostrador con el mismo moño, el mismo maquillaje impoluto y la misma sonrisa de siempre. Pero yo la conozco; puedo ver las diferencias. Algunos mechones escapan de su recogido, habitualmente perfecto, porque no para de tocárselo, y mira a todas partes y a ninguna al mismo tiempo. La clave, de todos modos, está en sus labios: casi despintados de tanto morderlos por culpa de los nervios, se curvan de forma imprecisa.

—Has llegado pronto —digo, mientras me siento en mi silla. El reloj de la centralita marca las ocho y un minuto.

—Dicen que los forasteros van a llegar la semana que viene.

Victoria es la única de todos mis amigos a la que no le gusta esa palabra. *Forastero*. ¿La explicación? No es de Valira. O quizás es porque hace no tanto tiempo ella era una forastera. Victoria llegó hace unos cuatro años; como todos los demás, con un contrato temporal para la temporada de invierno y muy pocas cosas en la maleta. Su plan, me lo ha dicho mil veces, era ahorrar un poco e irse con la llegada de la primavera, pero encontró el

amor y, un poco más tarde, un contrato indefinido en el Grand Resort. Y aunque le gusta decir que ojalá hubiera encontrado todo eso en otra parte, en el fondo le gusta Valira. Se ha adaptado bien. En muchas cosas ya es una valirense más: le gusta la nieve, hablar de la vida de los demás, desayunar en la pastelería Aldosa y terminar en día con una cerveza en el bar El Valle. Sin embargo, hay momentos en los que se hace evidente que no creció aquí. Si lo hubiera hecho, se le iluminarían los ojos al oír la palabra *forastero*.

Así nos referimos a las personas que vienen a trabajar durante un tiempo y luego se marchan. Suele ser gente joven que busca un ingreso extra o sencillamente, un ingreso, aunque sea temporal. Para muchos valirenses, también una palabra mágica. En un pueblo tan pequeño, donde conoces a todo el mundo y la mitad del mundo tiene algún vínculo familiar contigo, por lejano que sea, es refrescante conocer gente nueva, de la que no sabes nada, aunque sea para tener historias con fecha de caducidad. Todos los forasteros vienen con esa fecha impresa entre los ojos; algunos la ignoran, otros la disfrutan y unos pocos terminan por borrarla —o dejan que se la borren, como le pasó a Victoria—.

—Relájate.

Enciendo el ordenador y me preparo para un día largo. Los viernes son siempre infernales.

—¿Que me relaje? —Victoria está meneando la cabeza de un lado a otro—. ¿Cómo quieres que me relaje? Odio la temporada de esquí.

—Pero si te encanta esquiar.

—Odio la *temporada* de esquí.

A mí tampoco me emociona tener que explicar a los nuevos cómo funciona todo, pero al menos es un cambio. Además, prefiero estar ocupada atendiendo a los huéspedes que mirando la puerta o los monitores de seguridad mientras pienso en todos los lugares en los que podría estar si no hubiera aceptado este trabajo. Victoria prefiere los días tranquilos, como esta mañana.

—Tengo que buscarme otra cosa.

Se refiere al trabajo, lo sé tan bien como sé que no va a hacerlo. No estoy segura de si es por pereza o por conformismo, o porque en realidad se queja por vicio. Sea como sea, lleva aquí más tiempo que yo y no ha echado ni un currículum en ninguno de los hoteles de la zona.

Por eso me limito a sonreír.

—¿Quieres que te refresque las leyendas del pueblo? Para que se las puedas contar a los huéspedes si...

Victoria pone los ojos en blanco.

—No, gracias. Me las sé de memoria.

—Un valirense de pura cepa nunca diría que no a contar o a escuchar alguna de las leyendas. Así nunca te darán la nacionalidad. —Intento esconder la risa, porque las puertas del ascensor se abren de golpe y una pareja sale arrastrando las maletas hacia nosotros—. Los de la 103.

No suelo recordar los números de las habitaciones, pero estos dos se han ganado a pulso un hueco en mi memoria. Ayer estuve media hora explicándoles cómo llegar a Santa Caterina de Aranés en transporte público, y cuando volvieron, cargados de bolsas, tuve que hacerles entender, con toda la paciencia y amabilidad que de que fui capaz, que un recepcionista no puede dejar su puesto para subir las compras de los huéspedes a su habitación.

—Estáis locos —susurra Victoria, antes de esbozar su sonrisa más amplia para el matrimonio—. Buenos días. ¿Han dormido bien?

De maravilla, como bebés, dicen.

El goteo de clientes se convierte en un torrente a medida que se acerca la tarde. Lo más interesante que sucede en todo el día es que a primera hora de la tarde aparecen tres chicas de la quinta del 99 que nos piden permiso para colgar unos carteles en el tablón de anuncios. Aun sin verlos sé qué son: la Fiesta de Bienvenida de invierno, que se celebra todos los años por estas fechas para recibir a los forasteros que vienen a trabajar y a los

turistas que empiezan a subir para esquiar. Durante unos segundos, me veo a mí misma hace dos años, aquí mismo, con Ona, Paula, Bardo, Pau, Aurora y Teo. La quinta al completo. Yo acababa de volver al pueblo después de vivir dos años fuera; a los cuatro días ya estaba preparando la última fiesta que organizaría nuestra quinta. Ahora somos mayores. Demasiado mayores para tener una de las caravanas abandonadas que hay en la explanada cerca del pueblo. Demasiado mayores también para que el tiempo no nos haya separado: Paula vive ahora en Utrecht y mi hermano y Aurora viven juntos demasiado lejos de aquí. Primero se fue él y un año después, ella; ahora comparten un piso que parece una caja de zapatos encajonada entre otras cajas de zapatos, y aun así ellos dicen que no podrían ser más felices. Eso dicen, claro, pero a la mínima oportunidad que tienen, suben a Valira para pasar aquí unos días. Están lo suficientemente locos para vivir en una ciudad tan grande y caótica, pero no tanto como para no necesitar volver al pueblo de vez en cuando.

Ona, Pau y Bardo siguen aquí, y aunque nos vemos casi tanto como antes, todo es diferente. No me gusta pensarlo, porque vienen demasiadas preguntas a mi cabeza, así que dejo de mirar a las chicas para dejar de vernos a nosotros.

Sigo trabajando.

Le doy las buenas tardes a los clientes, les informo de los horarios del restaurante, hablo con los más simpáticos sobre la nieve y la inminente apertura de las pistas. Las horas pasan rápido y pocos minutos antes de las cinco y media, cuando ya estoy preparándome para marcharme, Judith sale del ascensor y me hace un gesto con la mano para que la siga al cuartito de empleados.

Noto los ojos de Victoria clavados en mí mientras nos alejamos.

Victoria lleva trabajando aquí un año más que yo y cada vez que Judith ha querido hablar con ella en privado ha estado al borde del ataque de nervios. Siempre imagina lo peor: un despido fulminante o una bajada de sueldo o, aún peor, un cambio de turno.

Cuando vuelvo a mi sitio, Serge, uno de los recepcionistas de tarde, ya está sentado en el sitio de Victoria.

—Me ha dicho Victoria que te diga que te espera en la entrada —me informa Serge, con los ojos pegados a la pantalla de su ordenador y las manos a las teclas—. Dice que te des prisa en cambiarte.

Él, como muchos otros, viene a trabajar con el uniforme. Yo lo hice la primera semana de trabajo, hasta que Judith me *sugirió*, como ella dijo, que me cambiara en el hotel si iba a seguir yendo andando desde casa. *Los bajos de los pantalones manchados no forman parte de la política estética del hotel*. Algo así dijo.

Me cambio tan deprisa como puedo, dejo mi uniforme colgado en mi taquilla para que no se arrugue y salgo en busca de Victoria, a la que encuentro apoyada en la barandilla de la entrada del hotel, toqueteando su móvil.

—Ya estoy aquí.

Con un golpecito en el brazo para que aparte los ojos de la pantalla, empezamos a caminar.

—¿Qué quería? ¿Un ascenso? ¿Despedirte? ¿Va a subirnos el sueldo? ¿Me van a echar? ¿Es eso? ¿Van a echarme y quieren que me lo digas tú?

Victoria no espera ni a terminar de cruzar el aparcamiento del hotel para dar inicio a su interrogatorio. Como siempre, vamos caminando por el arcén que avanza con la carretera que lleva al pueblo; hoy, a diferencia de la semana pasada, con una bufanda bien enrollada alrededor del cuello y unos guantes de lana. La nieve ya lo ha invadido todo y eso hace que el frío se pegue a todas partes.

—Quiere ponerme en el remontador.

Desde que tengo uso de memoria, el Grand Resort está aquí, con su pista privada de debutantes al lado. No es gran cosa, pero más que suficiente para que los novatos aprendan a moverse por encima de la nieve con cierta soltura, ya sea solos o con la ayuda de los monitores de nuestra escuela de esquí.

Victoria frunce el ceño.

—¿El remontador?

—Sí. Judith dice que este año todos los monitores de la escuela son forasteros y que prefiere tener en el remontador a alguien que conozca el hotel.

—¿Dejarás la recepción?

—Es solo temporal. En caso de que acepte, claro. Aún no sé qué haré.

No me gusta hacer siempre lo mismo, y a veces el trabajo tras este mostrador es muy aburrido. Hacer *check-in*, *check-out*, organizar las habitaciones, enumerar a los huéspedes todas las comodidades del hotel, explicarles cómo llegar a ese lago que quieren ir a ver o cuál es la mejor ruta de senderismo en cada época, dónde pueden alquilar un coche o el mejor material de esquí, indicarles el camino hasta la piscina, recordarles que si han llegado tarde al desayuno no es ni culpa mía ni del hotel y que pueden comer algo en las cafeterías de las pistas o en cualquier local del pueblo. Todo eso y lo que me he dejado fuera de la lista, y siempre con un ojo puesto en los monitores de las cámaras de seguridad.

Judith quiere que me encargue del remontador de la pista, de lunes a viernes, de nueve a cinco con media hora para comer. Dos horas y media menos a la semana, el mismo sueldo. Los fines de semana se resignará a poner en el puesto a un forastero. Al fin y al cabo, aunque sea el momento en el que tenemos más huéspedes, también es el momento en el que suele haber menos gente en la pista privada; todo el mundo prefiere subir a las pistas de verdad. ¿Quién quiere volver a casa y decir que ha esquiado en una pista de debutantes? Además, yo no puedo trabajar los siete días de la semana. Judith podría y lo haría. ¿Yo? Ni de broma. Por eso me ha dado los días laborales y le ha dejado el fin de semana a algún forastero. Cinco días para mí y dos para él. Son puras matemáticas: a menos horas de trabajo, menos posibilidades de crear problemas.

Para Judith, la pista de esquí ha sido siempre un orgullo y una prioridad. Es lo que nos diferencia del resto de hoteles del

valle. Hay que cuidarlo. Además, como me ha dicho mientras regresábamos juntas a la recepción, la escuela de esquí es importantísima para el hotel. «Cuanto más sepan esquiar nuestros huéspedes, menos probabilidades hay de que se despeñen». Que no se despeñen. Judith y su sentido del humor. Su peor pesadilla es que un huésped muera en la montaña. Demasiado papeleo, supongo.

Pros: menos horas, más entretenido, el mismo sueldo, es un cambio.

Contras: no estaría con Victoria, horarios diferentes, frío, es un cambio.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé.

Es verdad a medias, porque aunque ese «no lo sé» es cierto, sí sé qué hacer para saberlo. Pero no puedo compartirlo con Victoria sin que crea que estoy loca, así que cambio de tema.

—¿Irás al bar esta noche?

—Sí. Juan también, hoy tenía turno de mañana. Oye, ¿por qué no te vienes a casa, aprovechando que la tenemos para nosotras solas? Podemos ver una peli y luego vamos a tomar algo.

—No puedo, tengo que hacer un par de cosas.

—¿Te acompaño?

—No, tranquila. Iremos para allá cuando termine.

Victoria sonrío.

—Ay, el amor. Siempre hablando en plural.



Nadie me dijo que el árbol más longevo de mi jardín era mágico.

Yo había crecido con las leyendas de Valira y, como todos, había jugado a creer en ellas. Decir que vivía en un pueblo con un carrusel mágico sonaba muy bien. Pero era todo un juego y yo lo tenía claro. De no ser así, me habría pasado la mitad de mi infancia buscando un andén con número fraccionado en las estaciones de tren, y me habrían llevado a ver a algún especialista mucho antes.

Nunca he creído en los cuentos de hadas. Pero las leyendas de Valira son otra cosa. Por eso la gente del pueblo juega con ellas y responde «quién sabe» cuando se les pregunta si son ciertas. Esas dos palabras son prácticamente el lema del pueblo. La gente lo repite como loros porque suena misterioso. Solo repite, no cree. ¿Cómo si no iban a ignorar que algunas de sus leyendas son ciertas? ¿Cómo iban a ignorar que mi haya habla o que el carrusel de la plaza es realmente mágico?

El Abuelo Dubois no deja subir a nadie a su carrusel sin antes recomendarle a qué figura montarse: los corceles marrones para quienes busquen valentía, los blancos para arreglar una amistad rota, la carroza para un amor no correspondido. Él tiene la capacidad de ver qué anhelos habitan en el corazón de las personas, dice, y su carrusel, la de hacerlos realidad. Solo hay una figura que no recomienda jamás y a la que está prohibido subir: el corcel dorado, la figura maldita. La única realmente mágica.

El tatarabuelo de Aurora construyó el carrusel con sus propias manos y la madera de estos bosques, según cuentan las le-

yendas, en otros tiempos habitados por feéricos. La familia Dubois siempre ha dicho que su carrusel era mágico. Esa ha sido su forma de esconderse. Desde que tengo memoria, el Abuelo Dubois ha hablado de la magia blanca de su carrusel y de la magia negra de ese corcel dorado. Al principio creía que era una forma de asustarnos para que nadie quisiera subir a esa figura; más tarde descubrí, poco después de que lo hicieran él y Aurora, que sus palabras eran más ciertas de lo que ninguno de los dos había creído. Durante años, ellos dos fueron los únicos que se subieron a esa figura, hasta que se dieron cuenta de que la felicidad que prometía era un engaño. Hace un tiempo, le pregunté al Abuelo Dubois por qué no lo desatornillaba y cambiaba el corcel dorado por una figura más inocente. Dijo: «Vencer la tentación no es lo mismo que ignorarla».

Aurora me habló de la magia del corcel dorado hace unos años. Por eso sé que el *carrusel mágico de Valira* es más que márketing de la Oficina de Turismo. A veces la luz del día es la mejor forma de ocultar algo. Dicen que la magia no es más que aquello que la ciencia no puede comprender; si es así, espero que nunca nadie se acerque a mi árbol, porque no quiero entenderlo. Hay cosas que están mejor en la sombra.

La verdad sobre el carrusel solo la conocemos el Abuelo Dubois, Aurora, Teo y yo. Sobre mi haya, solo yo sé que las leyendas son ciertas. O al menos eso creo. Todo cuanto sé con certeza es que yo nunca le he contado nada a nadie sobre la magia de mi árbol.

Descubrí que el haya de mi jardín era mágica muchos años antes de que Aurora me contara que se había equivocado subiéndose al corcel dorado. Por eso nunca pensé que estuviera loca.

Yo conocía lo que contaban las leyendas sobre el haya: fue el árbol ante el que la Reina Valira, la reina feérica que dominaba este valle, juró amor eterno a su enamorado mortal. Eligieron este árbol porque, además de ser el más longevo del bosque, tenía el poder de ayudar a tomar la decisión correcta a quien le pregun-

tase. Con la bendición del haya, feérica y humano iniciaron una vida juntos. Construyeron una casa a pocos metros del árbol y vivieron ahí hasta que la vida del humano se apagó.

Nuestra haya es parte de la historia y la leyenda de Valira, y por eso no es extraño ver a turistas al otro lado del jardín señalando o fotografiando al árbol que fue testigo del juramento de amor entre feérica y humano.

Mi hogar estaba construido sobre una leyenda.

Era verano. Tenía seis años y dos meses y no sabía si ir a la fiesta de cumpleaños de Bardo —cuando aún no tenía su guitarra y aún lo llamábamos Marcos—. No quería que los niños se metieran conmigo. Mis padres querían que fuera. También Teo, y eso era lo que me asustaba. Seguro que se meterían conmigo. Recuerdo que salí al jardín a saltar a la comba después de comer mientras mis padres decidían si yo debía ir a la fiesta. Porque así van las cosas cuando eres pequeño: tú opinas sobre tu vida y ellos deciden.

Cuando me cansé, me senté bajo el árbol.

Pregunté, a nadie en concreto, si debería seguir saltando a la comba aunque estuviera cansada, porque me ayudaba a dejar de pensar. Me cayeron dos hojas en las manos. Solo dos y justo en las manos.

Pregunté, a nadie en concreto, si debería preguntarle a Teo si me molestarían en la fiesta. Una hoja, en las manos, encima de las otras.

Seguí preguntando y con cada pregunta, me caía una hoja, a veces dos, siempre en las manos, aunque las moviera.

Yo era pequeña y sabía poco de árboles. Aun así, era verano: no era época de deshoje. Eso sí lo sabía. Por eso entré en casa y cogí uno de los diccionarios de mis padres.

Haya. Del lat. [materia] fagea «[madera] de haya». Árbol de la familia de las fagáceas, que crece hasta 30 m de altura, con tronco grueso, liso, de corteza gris y ramas muy altas, que forman una copa redonda y espesa, hojas pecioladas, alternas, etc., etc., etc.

No, nada de hojas que caen cuando haces una pregunta.
Busqué en otro diccionario.

Haya. Del lat. [*materia*] *fagea* > *fagus*, *haya*.) l. s. f. BOTÁNICA. Árbol de la familia de las fagáceas, de tronco grueso, liso, corteza gris, copa redonda y espesa y hojas pecioladas, que crece en los bosques templados.

Tampoco.

Busqué en Internet y después en esas enciclopedias enormes que mis padres tenían en el despacho y que nunca les había visto usar.

Nada.

Regresé junto al haya.

¿Hola?

No respondió.

¿Me estás hablando?

Me cayeron dos hojas sobre la mano derecha, la única que tenía extendida.

Me estaba hablando. El árbol respondía mis preguntas, no estaba loca. Pensé: ¿Los pájaros vuelan?

Dos hojas más.

¿El cielo es naranja?

Una hoja.

Dejé caer la mano y las hojas planearon hasta mis pies.

Era imposible. Quizás había comido algo que me había sentido mal y ahora estaba teniendo alucinaciones o quizás estaba soñando. Tenía que haber una explicación lógica a todo eso. Los árboles no pueden comunicarse con nosotros, no tienen conciencia para saber de qué color es el cielo. Me pellizqué, como en las películas, y solo sentí dolor. El haya seguía ante mí, tan quieta que parecía sacada de un cuadro. No se movía ni una rama, ni una hoja.

Debería hablarle sobre esto a Teo. Quizás él sabe qué hacer. Es mi hermano. Mi mellizo. Seguro que sabe qué pasa. Debería hablar con él, ¿verdad?

Cayó una hoja.

¿Debería guardar el secreto?

Cayeron dos hojas.

Y así fue cómo empezó todo. Decidí que nunca le contaría a nadie que la leyenda del haya era cierta. Ella me lo había dicho; era su consejo, ¿y quién era yo para llevarle la contraria a un árbol centenario? Si se lo contaba a Teo, seguro que se lo diría a mis padres y me llevarían a ver a uno de esos señores con bata porque pensarían que tenía algún problema, y si nos creían, todo el mundo se enteraría, vendrían científicos y gente con túnicas de esa que dice poder comunicarse con espíritus, y nuestra casa se convertiría en una atracción de feria, mucho más de lo que ya lo era, y tendríamos que mudarnos y de algún modo que aún no podía imaginar, mi haya moriría y todo habría sido culpa mía. Porque eso hacemos con las cosas que no podemos entender. Las diseccionamos hasta que no queda nada de ellas. Yo tenía siete años, pero había visto películas y, sobre todo, había leído muchos libros. Sabía que el mundo no era simpático con aquello que no podía entender.

Así que hice lo que debía hacer: escondí el secreto. De Teo, de mis padres, de Bruno, incluso de Aurora.

Y ahora, trece años más tarde, sigo sentándome bajo el mismo haya. Hoy mis preguntas son más complicadas, pero ella sigue dándome las respuestas que necesito.

Dos hojas sobre mis manos, colocadas una encima de la otra delante de mi pecho. El nudo del estómago desaparece. Ella siempre sabe qué decir.



La pequeña Erin nunca se había considerado una niña valiente.

Le daban miedo las arañas, los tiburones y, sobre todo, la oscuridad. Cuando el bosque dormía, la luz de su habitación era la última en apagarse. Dejaba siempre la persiana subida; así la luz de la luna se derramaba por su habitación y la hacía sentir menos sola.

Nunca había sido una niña valiente y estaba cansada de no serlo.

Los niños se reían de ella. Su hermano siempre le dejaba arañas de plástico en la cama e incluso en el pupitre, y ella quería gritar y decirle que parara, que ya estaba bien, que no se juega así con los miedos de las personas y aún menos en el colegio, que debería estar atento porque si no lo castigarían y mamá y papá se enfadarían. En lugar de eso se mordía la lengua, se miraba los pies, dejaba que las palabras se escurrieran garganta abajo. Porque ella era pequeña, su voz era aguda y frágil y nadie le hacía caso.

Por eso sus padres habían decidido que iría a la fiesta. Ella era pequeña, ellos eran mayores y los mayores siempre saben qué es lo mejor.

No le gustaba ser pequeña.

Ni cobarde.

Quería ser fuerte como un roble, majestuosa como una secuoya, luminosa como un abeto de Navidad. Eso pensaba mientras se sentaba bajo el haya con las piernecitas rozando las raíces más atrevidas.

Pensó: Ojalá fuera fuerte.

Pensó: Ojalá supiera siempre qué decir.

Pensó: Ojalá me pareciera a mi hermano.

Y pensó que el haya no era ni una lámpara mágica ni un pozo de los deseos.

Se le escapó una lágrima.

¿Si aprendiera a no tener miedo, dejaría de llorar tanto?

Cayeron dos hojas en sus manos.

¿Debería ir a la fiesta de cumpleaños de Marcos? Pau y Guillem y Teo le habían dicho que había una sorpresa y que se preparase porque no le iba a gustar, pero aun así, ¿debería ir?

Asistió a la fiesta. Porque era Erin y era cobarde, pero debía aprender a dejar de serlo para dejar de llorar. Por eso, cuando Marcos le tiró pastel a la cara, ella se llevó los restos a la boca con los dedos y dijo que estaba muy bueno. Fingió no oír las risas de los demás niños, se limpió la cara y dejó pasar mucho rato, hasta que ya nadie le prestaba atención. Y entonces, mientras Marcos caminaba junto a la piscina, ella se le acercó por la espalda y lo empujó con todas sus fuerzas.

Qué delicioso sonido el del agua salpicando por todas partes. Casi tanto como las risas de todos, incluido Teo, cuando Marcos resbaló en la escalera metálica y volvió a caer en la piscina. Pero ni de lejos tan maravilloso como el cosquilleo que sintió Erin en el estómago al ver cómo la miraba mientras se secaba con una toalla. Por una vez, esa sensación en las tripas no le hacía sentir ganas de vomitar.

Fue diferente. Quizás lo diferente no fuera tan malo.

Marcos tardó mucho tiempo en volver a gastarle alguna broma. Y cuando lo hizo, Erin lloró, porque ella era así, pero ya no volvió a agachar la cabeza.